R. A. RENARD

CONFLICTOS ARCANOS



Áurea Ediciones

Capítulo Primero

Los rayos del sol golpearon a Jenna directo en la cara cuando se giró en la cama, haciéndola arrugar el rostro y abrir un ojo con desprecio, solo para encandilarse con la luz del día entrando por la ventana. Se levantó gruñendo para cerrar bien las cortinas, cosa que, si hubiera hecho la noche anterior, le habría permitido dormir un poco más. Una vez terminada esa batalla, se dejó caer sobre la cama antes de mirar la hora en su reloj y resignarse a partir el día con el pie izquierdo.

Prendió la televisión y un cigarro, mientras preparaba un desayuno de salchichas y huevos, llenando el pequeño departamento con sus aromas preferidos. Sus materiales

de investigación y ropa los había dejado preparados el día anterior, así que de eso no tendría que preocuparse. A menos que hubiera olvidado algún documento importante.

Quince minutos y dos revisiones de sus materiales después, se sentó en la mesa de su ajustada cocina con un desayuno algo quemado, aunque sabroso. Finalmente, prestando atención al noticiero matutino, supo que no era la única que estaba empezando mal su jornada. Central Park estaba rodeado de policías y bomberos en trajes especiales, algunos con pesados implementos a sus espaldas, desviando tráfico vehicular y peatonal. No fue evidente el porqué de la situación, hasta que notó los extraños movimientos de los grandes árboles del parque, seguidos por pesadas y grandes piedras surcando por los aires hacia la calle. Jenna levantó sus cejas con asombro. Hacía años que no había una disrupción mágica de ese nivel en la ciudad. La mayoría de las veces solo se trataba de algún mago de poca habilidad, no mucho más peligroso que un criminal regular armado. Definitivamente habría alguien más poderoso detrás de tal violencia arbórea, aunque de seguro los lanzallamas que las autoridades estaban dirigiendo hacia los frondosos atacantes, flanqueados por chorros de agua para evitar incendios, controlarían la situación.

Su mayor problema era que tendría que tomar otro camino al laboratorio, si quería evitar que una roca terminara su día anticipadamente. Mientras terminaba su café y su segundo cigarro, se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que el pulmón de la Gran Manzana volviera a la normalidad. Podía imaginar que habría bastantes

menos días de campo en las semanas venideras. Una vez vestida y con su mochila a cuestas, salió del departamento que le prestaba su tía cerca del Times Square. Siendo un sector bastante ruidoso y lleno de turistas, su tía había procurado arreglos en el departamento que filtraban casi todo el sonido de la ciudad. Agradecía poder trabajar y dormir en paz, pero la muchedumbre era algo a lo que no lograba acostumbrarse, en particular hoy que el tráfico cerca de Central Park estaba siendo desviado.

Recuperada de su traspié al despertar y prefiriendo no tentar a la suerte, optó por tomar el camino largo a su trabajo. Llegaría un poco más tarde de lo normal, pero por suerte no tenía horario fijo.

Las calles menos cercanas al parque y los diferentes locales de la ciudad le parecieron un poco nuevos después de tanto tiempo sin verlos, por lo que pensó que debía caminar más. Tal vez una rutina de trote no le haría mal, aunque no la necesitara.

El laboratorio estaba a unas cuadras de Central Park, a suficiente distancia como para que la conmoción arbórea no fuera percibida más allá de un ligero aumento en la cantidad de peatones. Más o menos a una cuadra de su destino una chica chocó de frente con ella a toda velocidad. Ninguna de las dos iba prestando atención, causando una intensa colisión y un revoltijo de extremidades que las dejó en el suelo. Jenna se puso de pie rápido para ayudar a la corredora, que no debía ser unos años menor que ella. Tenía cabello rojo que salía de un gorro de lana, con varios colores mezclados entre medio. Sus ojos esmeraldas brillaban con su misma risa, mientras se dejaba levantar como un saco de papas.

—¡Los árboles caminan! ¡Las plantas se regocijan! —exclamó con alegría la pelirroja, alzando sus brazos, abrazándola y dejándola paralizada un instante por la sorpresa.

Ojos esmeraldas se fijaron en los marrones de ella, y por un segundo la chica acercó su rostro al suyo, poniéndose en puntas de pies. Sin aviso, le estornudó encima. Jenna repitió involuntariamente el gesto, jurando haber visto polvo entre las dos.

—¡Ay, no! ¡Perdón! —dijo la enérgica corredora antes de, sin darle tiempo de contestar, partir a toda velocidad en la dirección que hubiera ido en un principio.

Sin la pelirroja encima de ella, Jenna recuperó la compostura. Mirándola un poco mientras se perdía de vista, consideró más calmadamente la piel blanca y la ropa mal mezclada y de talla más grande que llevaba. Suspiró, pensando que tal vez era una huérfana o drogadicta que vivía en el parque. A pesar de que se habían eliminado varias drogas de las calles, tanto farmaceutas como alquimistas parecían estar en una carrera armamentista, tratando de dominar el tráfico en los rincones oscuros de la ciudad. "Algún día llegaremos a la bioquímica cerebral", susurró para sí, pensando en el futuro lejano, y luego meneó la cabeza y siguió su camino.

Cuando llegó al laboratorio donde trabajaba, Jenna despejó su mente y se centró en el itinerario de ese día. Con un poco de suerte podría avanzar con su línea de investigación antes de mediodía. Las máquinas procesando muestras y la conversación entre investigadores siempre la ayudaban a enfocarse en su tarea. Aceleró entonces el paso para llegar a su estación de trabajo, sintiendo cómo

la inspiración se asentaba en su mente.

—¡Doctora Powell! —la saludó uno de los científicos—. ¿Pasó por el parque en su camino acá? ¿Pudo ver algo de lo que estaba pasando?

—¡Nope! —respondió ella sin mirar—. Hay trabajo que hacer y los árboles no lo van a hacer por nosotros.

Una vez en su sector asignado, se puso su bata, sus guantes y sus gafas de seguridad, al tiempo que ordenaba sus documentos para tener rápido acceso a las secuencias y algoritmos que necesitaría para los experimentos del día. Con las muestras cargadas y ordenadas, estaba a punto de comenzar el proceso de transcripción cuando escuchó un golpe en la entrada de su rincón de las instalaciones. Levantando la vista, vio a una mujer rubia y delgada en el umbral.

—Hola, Jenna —la saludó una de sus mejores amigas—. ¿Qué preparas con tanto entusiasmo?

—¿Cómo estás, Cindy? Estoy verificando si en verdad no hay nada útil en las secuencias genéticas no codificantes que hemos descartado.

—Stevens piensa que estás perdiendo el tiempo —comentó su colega con una sonrisa conspiradora.

—Stevens no es mi jefe. Bueno, técnicamente sí, pero no tengo que hacerle caso —rebatió Jenna despreocupada, iniciando la secuencia de su experimento.

—¡Jajaja! ¡Cierto! Qué suerte la tuya. ¿Puedo pedirte que vengas un momento a mi estación? Necesito algo de sangre.

Jenna verificó que su experimento estuviera funcionando bien antes de mirar a Cindy con sospecha.

—¿Cuánto?